

ELORZA, José Luis, *Drama y esperanza. Lectura existencial del Antiguo Testamento.*

I. Dios, conflicto y promesa: Pentateuco y libros históricos (Verbo Divino, Estella 2016). 479 pp. ISBN: 978-84-9073-278-6. € 29,50

Este libro es el primero de la trilogía “Drama y Esperanza”, toda ella dedicada a la lectura existencial del Antiguo Testamento, a cabo del franciscano experto en pastoral bíblica, José Luis Elorza Ugarte.

No es un manual de Pentateuco y libros históricos, ni pretende serlo, sino que es exactamente lo que indica su título: una lectura existencial de las páginas bíblicas, que busca interpelar al lector en su presente actual, haciendo que el texto hable a su propia existencia. Como el autor indica en la presentación, este libro es una “aproximación a los libros del Pentateuco y los Históricos para hallar su enorme riqueza humana y espiritual [...] En un estilo más interpelante que meramente informativo, más vivencial que escolar, más incisivo que expositivo y frío, más sugerente que académico” (24).

Debido al estilo elegido, el libro carece de notas a pie de página, pero no de citas de cientos de autores, que fluyen abundantemente en sus páginas, indicándose simplemente su nombre entre paréntesis. El autor huye así del rigor metodológico-académico (que, de haberlo empleado, habría casi doblado el número total de páginas, a base de referencias bibliográficas), lo cual no obsta para exponer una vastísima cultura, haciendo desfilar citas de exegetas, historiadores, pensadores, filósofos, científicos, etc.

Su lectura es ágil y comprensible, y el estilo directo, llano, entrando en constante diálogo con el lector. A veces resulta un tanto repetitivo –como el mismo autor

señala en ocasiones—, afirmando frecuentemente las mismas ideas con multitud de imágenes y expresiones, logrando así grabarlas en la mente de su lector. Puede ser un libro especialmente útil para la reflexión grupal, en grupos que quieran ir más allá de la mera formación bíblica y estén abiertos a compartir y ahondar en su propia vida a la luz de la palabra de Dios. Al final de cada capítulo (y a veces en medio del mismo) se ofrecen interesantes actividades y preguntas en este sentido. Son igualmente abundantes los *ex cursus* y reflexiones actualizantes, distinguidas del cuerpo del texto con un cuadro de texto a modo de noticia periodística.

El primer capítulo, “Abordar la Biblia para abordar la vida”, hace las veces de una introducción hermenéutica a la Sagrada Escritura, conforme va a ser leída en este libro. J. L. Elorza anima al lector a adentrarse en el apasionante mundo bíblico, dejando que la Palabra divina le toque en lo más profundo de su existencia, deshaciendo estereotipos falsos sobre la Biblia y su mensaje, y denunciando algunas lecturas parciales o deficientes que podrían hacerse. También indica el tipo de preguntas que puede hacer un lector al texto bíblico: no sólo desde la razón, sobre su historia y literatura, sino principalmente desde la fe y la propia vida. Desde aquí presenta los distintos niveles de lectura que irá haciendo al presentar los libros bíblicos, desde el literario y el histórico-crítico, hasta el existencial y el teológico. Los demás capítulos se adentran en la reflexión sobre los libros bíblicos.

Así, el segundo capítulo, “¿Pensar bien de Dios y de la vida?”, aborda el primer relato de la creación (Gn 1), presentando con lucidez su mensaje teológico al creyente de hoy. El tercer capítulo, “¡Este contradictorio ser humano que somos!”, se centra en el segundo relato de la creación y del pecado (Gn 2–3). Es igualmente lúcido al desentrañar el mensaje teológico del texto. No obstante, hay dos cuestiones delicadas en las que no parece respetar la intención del texto, pues por una parte parece negar una situación real de armonía previa al pecado, y por otra, no considera el símbolo de la serpiente como una referencia a algo externo al ser humano que influyó en la entrada del mal en el mundo (128). No parece sentirse cómodo con la interpretación de Sab 2,24 que identifica a la serpiente con el diablo.

El cuarto capítulo, “La humanidad avanza... ¡herida!”, explica brevemente el desarrollo de la humanidad hasta Abrahán (Gn 4–11), para pasar en el quinto capítulo, “Abrahán: aventura humana y creyente”, a presentar la experiencia del primer patriarca (Gn 12–25), situando la redacción de estos relatos —sin apenas contenido histórico— en torno al 400 a.C. (167). El sexto y séptimo capítulos abordan los últimos patriarcas, “Jacob, el hombre que luchó contra Dios” (Gn 25–36), y “José, el hombre madurado en las pruebas” (Gn 37–50). El espacio dedicado a los patriarcas es sobresaliente dentro de la obra (en proporción con el resto), y la lectura existencial que hace de los mismos es brillante, lúcida, profunda, teológica, e iluminadora para la propia vida. Sin duda, muy sugerente.

El octavo capítulo, “De la esclavitud a la libertad”, se centra en el nacimiento de Israel desde su salida de la esclavitud de Egipto hasta la entrada en la tierra prometida a manos de Josué. Aborda someramente la siempre espinosa cuestión de

los orígenes de Israel, que siguen siendo oscuros. El capítulo noveno se centra en la historia deuteronomista, desde los jueces de Israel, hasta la monarquía, para tratar en el mismo capítulo los temas propios del cronista: el exilio, su regreso, y el nacimiento del judaísmo. Termina el capítulo con una mirada global a todo el recorrido de la historia de Israel.

El capítulo décimo es fundamentalmente temático, y gira en torno a la Ley y al don de la libertad que el hombre ha recibido de Dios, centrándose en el Deuteronomio. Al usar su libertad, el hombre puede fiarse de Dios y escoger su camino de vida (la ley), o buscarse su propio camino que lleva a la muerte.

El último capítulo se centra en cuestiones hermenéuticas, como el primero, y se titula "En busca de la verdad de la Biblia". El autor ofrece aquí una interesante reflexión sobre la relación entre la historia y la verdad, y el modo de contarla... subrayando que transmite mejor la verdad de las cosas una novela que los datos historiográficos sin más. Analiza los diversos tipos de lenguaje y de literatura, y la relación entre ellos y la utilidad de cada uno de ellos. Se centra también en analizar qué es la verdad, sus dimensiones, su forma de comprenderla y transmitirla, el valor de lo simbólico, etc. El libro concluye con una útil bibliografía sobre Pentateuco y libros históricos, distinguiendo el nivel académico exigido para cada uno de ellos (elemental, medio o superior).

Habría sido interesante que abordase el contenido de otros libros que también suelen entrar en el grupo de los históricos, como Tobías, Esther, Judit o Rut.

Como valoración crítica de esta obra, la considero brillante en la lectura existencial de los textos, y en la capacidad del autor para entresacar el mensaje teológico de los mismos. J. L. Elorza se manifiesta como un gran maestro en este campo, y se trasluce su extensa experiencia y trabajo pastoral con grupos bíblicos. Muy de alabar es el interés por leer la Biblia en su conjunto, en unidad, como pide *Dei Verbum* 12 (aunque no se cite), buscando las conexiones de unos pasajes con otros (32). Igualmente, son destacables los presupuestos creyentes que el autor indica para una lectura a nivel teológico (52), o el cuadro informativo "Inventos cristianos" de la página 54. Así pues, en lo original de la obra, que es su lectura existencial, la obra cumple todas las expectativas del lector.

También resulta interesante la conclusión de la historia de Israel en el AT, que desemboca en el punto 6, "El judío Jesús de Nazaret, ¿el mesías esperado?". La respuesta la ofrecerá en el punto 7.

El único aspecto en el que esta obra resulta algo deficiente, desde mi punto de vista, es en el histórico-crítico, donde por otra parte el autor no es original, sino que simplemente asume los resultados de otros, en concreto de las escuelas más hiper-críticas y minimalistas.

Desde el principio manifiesta un profundo escepticismo sobre la historicidad de los relatos bíblicos, dato que no demuestra, sino que da por asumido: "Los autores de los relatos bíblicos inventaron o deformaron la historia: era la única manera de hacerla significativa, de decir verdades de cierta hondura [...] Lo inventaron casi todo y a veces todo" (17-18). A lo largo de toda la obra, presupone la no-historicidad de



los relatos, a los que suele otorgar arbitrariamente (en aquellos previos al exilio) entre un 3% y un 5% de historicidad. Se percibe su preocupación por no ligar la verdad del texto a su realización histórica, lo cual es legítimo, y pretende defender la verdad de la Biblia, que va más allá de los acontecimientos referidos, lo cual es cierto. Pero para ello no es necesario negar sistemáticamente todo su trasfondo histórico.

Por ejemplo, al presentar la lectura crítico-histórica del sacrificio de Isaac, el autor dice que el pasaje “no tiene ningún valor histórico. Abrahán no era siquiera padre de Isaac” (43). Fue inventado muchos siglos después para dar sentido a la situación del pueblo en el destierro (s. VI-V a.C.). A continuación, hace una magnífica interpretación existencial del pasaje que, sin embargo, si se admitiese un trasfondo histórico, no sólo explicaría mejor la existencia del texto tal cual nos ha llegado, sino que daría todavía más fuerza al mensaje extraído por J. L. Elorza.

En el capítulo dedicado a fundamentar la no historicidad del AT, especialmente del Pentateuco (“No hubo un Abrahán que viviese el itinerario de fe descrito antes”: 190), indica que el escepticismo histórico llegó a la exégesis en los años 70 del siglo XX, donde los exegetas concluyeron que no hay indicios seguros y suficientes para demostrar la existencia de los patriarcas: ni literarios, ni arqueológicos, ni epigráficos... y que se considera que los recuerdos orales no serían de fiar. La conclusión de Elorza procede de los autores que cita (Th.L.Thompson, van Seters, Lemche...), pertenecientes a la escuela escandinava, caracterizada en el mundo exegetico por su radicalismo anti-histórico. Esta escuela, entre otros axiomas no demostrados, parte del supuesto de que antes de Herodoto no hubo relatos históricos en la literatura mundial.

Aquí radica seguramente la desconfianza histórica para con los textos: en la tardía datación que nuestro autor hace de todos ellos (no antes del 400 a.C.). Dado lo complejo que ha sido el proceso de formación del Pentateuco y en general del AT, sería conveniente una mayor prudencia al datar los libros bíblicos, ofreciendo un abanico más amplio de fechas.

Con respecto a la historia de la monarquía de Israel el autor sigue también a autores minimalistas, Finkelstein y Silberman, dando por sentado que sus resultados son definitivos. Sin embargo, estos arqueólogos judíos son seguidos por muy pocos en su hipótesis reduccionista del reino de David y Salomón (que habrían sido unos reyes insignificantes en su época, engrandecidos *a posteriori* por la tradición). Sus publicaciones han sido criticadas (entre otros por L. Mazzinghi, “La Bibbia fra storia e mito. A proposito di un recente libro di Israel Finkelstein e Neil Asher Silberman”: *Vivens Homo* 14 [2003] 125-139) porque sus dataciones y resultados parecen más bien guiarse por una ideología anti-semita que por la objetividad científica.

A nivel histórico, cabe destacar también que el autor descarta *a priori* la posibilidad de que cualquier teofanía o hecho prodigioso/milagroso haya tenido lugar (incluso la aparición del ángel Gabriel a María, 27). Esto no impide, sin embargo, afirmar que Israel haya tenido –desde una lectura creyente– experiencia real del encuentro con el Dios vivo.

Por otra parte, es laudable el constante esfuerzo de Elorza por subrayar que la verdad del relato trasciende los hechos narrados (aunque sean inventados, a su parecer). Ofrece reflexiones valiosas y sugerentes al respecto, como, por ejemplo: “El significado vital de los acontecimientos lo hallamos años o siglos más tarde” (268); “una novela es más verdadera que la historia” (título de un apartado, en 269). Lo que no acaba de entenderse es por qué considerar incompatible la lectura existencial con la lectura de hechos reales en el trasfondo del relato: “si los leemos literalmente [los relatos de Moisés], falseamos su sentido, no hallaremos nunca su verdad honda” (267).

Hay que reconocer, igualmente, que al final del libro el autor reconoce algo de histórico a los relatos: “La fe supone los hechos, pero es más que los hechos: estos están narrados con mucha libertad para despertar aquella. La fe presupone el diluvio, la salida de Egipto, el paso por el desierto, la entrada en Canaán, el exilio, y hace lectura religiosa de los mismos” (462). Asimismo, las reflexiones sobre la historia de Israel del capítulo 4, en el último tema, son por lo general muy válidas: “La Biblia, ¡una historia singular!” (462-467).

Quiero terminar esta reseña felicitando al autor por esta obra que, sin duda, está llamada a hacer que la Palabra de Dios entre en el corazón y en la vida de muchos, haciéndola viva y eficaz, más tajante que espada de doble filo.